MANIFIESTO POR LA VERDAD

Cuando alguien pretende hacer un manifiesto que tiene la osadía de apelar a la palabra VERDAD, lo que en realidad quiere decir es que la busca y que quiere que se sepa. Y nosotros queremos que se sepa la VERDAD de lo que realmente está sucediendo en Cataluña, en estos últimos tiempos.

Así que vamos a decir verdades. Empezaremos por una muy sencilla, al alcance de todos, pero de una gran importancia:

-SIN IGUALDAD, NO HAY PAZ.

Estas cinco palabras encierran varias verdades. La primera, y fundamental, es que **igualdad es igual a paz**. O dicho al revés, que **la desigualdad engendra tensión que engendrará violencia**. Y cuando hablamos de igualdad nos referimos a esa igualdad social que hace posible que la dignidad de las personas sea preservada en su convivencia con las demás.

Sin igualdad no hay paz, es también una denuncia. Un grito de queja de la gente **que se siente discriminada**. Que nota que algo, socialmente le duele. Algo que intuye que no es justo, aunque a veces no sepa muy bien qué es. ¡Pero le duele!

Y entonces surge la pregunta:

-¿Hay igualdad en Cataluña? ¿Gozamos todos sus ciudadanos de los mismos derechos cívicos?

Y no hay más que mirar alrededor para saber que no es así. Por ejemplo: ¿gozamos todos los ciudadanos del **derecho a decidir** en cuestiones tan básicas como la lengua en que se educa a nuestros hijos? Y la respuesta es evidente: **-¡No! Bueno, unos sí, pero otros no**. Por lo tanto no hay igualdad. Por lo tanto no hay paz.

Pero hay una manera mejor de comprobar si realmente, en la actualidad, tenemos igualdad cívica en Cataluña o no. Y es muy sencilla. **Sabremos que hay igualdad real cuando se pueden invertir las situaciones sin resistencia de ninguna parte**. Como cuando alguien te cambia un billete de 5 euros por cinco monedas de un euro. Pero probemos a invertir la situación en ese derecho básico que es la Educación **y veréis como la otra parte se resistirá como gato panza arriba**. Y eso sólo demuestra que la otra parte, la llamemos como la llamemos, **está en una situación de privilegio que**

se resiste a abandonar. Y si unos ciudadanos, supuestamente iguales, pretenden tener más derechos que otros, basándose en sus orígenes, ofensas históricas, herencias culturales o lo que quieran alegar, entonces, en el mejor de los casos, **tendremos una democracia enferma que en algún momento estallará**.

¡Porque sin igualdad, no hay paz!

Y podríamos preguntarnos por qué, una tan abrumadora mayoría de la función pública, o de directivas de organismos de todo tipo, se han posicionado al lado del nacionalismo. Es que hasta Cáritas lo ha hecho. ¿No se supone que todos tenemos los mismos derechos cívicos, y que esas organizaciones representan a una sociedad plural? ¿Cómo se explica, entonces, tal uniformidad ideológica en las cúpulas cuando la sociedad es tan plural? ¿Cómo se explica ese fenómeno sin la existencia de un **filtro que procura que unos ciudadanos tengan más derechos que otros**?

Eso solamente se puede explicar porque existe una discriminación real en Cataluña. Una discriminación, que aunque se haya llevado a cabo con guante de seda, a lo largo de años, no deja de ser discriminación. Y los efectos están a la vista. Y lo aceptéis o no, muchísimos en Cataluña somos ciudadanos discriminados. Ciudadanos de segunda en definitiva. **La prueba es que los nacionalista jamás aceptarían, de buen grado, lo que nosotros, engañados por su victimismo, hemos venido aceptando y estamos aceptando desde hace décadas**. Ellos sí saben que tienen más derechos.

Y es un inmenso error hablar de grados de igualdad. La igualdad cívica debe ser total, o no será. Porque si no es así, los que "son más iguales", siempre querrán mantener esa diferencia y mejorarla.

Y ahora pregunto a las mujeres. ¡Aceptaríais, vosotras, **ser casi iguales a los hombres**? ¿Lo aceptaríais? Pues si la respuesta es NO, un NO gigantesco, tampoco los ciudadanos discriminados, debéis aceptar jamás ser **casi iguales** a los que se creen con más derechos que vosotros. No se pueden negociar cuotas de igualdad. **¡Se negocia la igualdad o no se negocia nada!**

Y no solamente estamos discriminados muchos de los ciudadanos de Cataluña. Lo están también todos los ciudadanos del

resto de España, que por ejemplo, no tienen libertad de movimiento para acceder a la función pública en la administración de Cataluña, o vasca, o ahora balear, cuando al revés sí es posible en plano de total igualdad. Y no lo es porque están discriminados por la lengua local, que con buena voluntad sólo serían un mérito a reconocer, en lugar de una barrera que en el fondo lo que busca es la formación de cotos endogámicos ideológicamente uniformes, como los que estamos viendo, que separan en lugar de unir.

Y es que toda España, lo sepan o no los españoles, está discriminada. Y toda España está descontenta. **Y es que no se puede ser casi iguales.** Como no se puede ser casi libre. Como no se puede ser casi muerto. O se está vivo o se está muerto. O se es libre o no. O se es igual o no. Y cualquier cesión en esos terrenos, ha de ser concedida desde la propia libertad, como un tributo a la libertad de los demás que también están dispuestos a ceder parte de la suya. Nunca como una imposición.

Y no es verdad, como alegan, que la cultura menor perecerá ante la mayor si aquella no se impone por la fuerza de la ley. Una cultura, grande o pequeña, una lengua, grande o pequeña, perecerá cuando la gente deje de amarla y la abandone. Y no se puede obligar a nadie a amar por la fuerza. Más bien se consigue lo contrario. Si hace treinta años hubiéramos enseñado a nuestros niños **a amar lo que tenemos**, en lugar de **elegir entre lo que tenemos**, hoy no tendríamos este problema.

Sin igualdad no hay paz, es también una advertencia. Es una llamada a prevenir un hecho que será inevitable si no rectificamos a tiempo. Y no sólo no vemos que haya voluntad de rectificar, sino que lo que asoma por el horizonte inmediato es **obstinación en el error**. Insistencia en apelar a las vísceras en lugar de a la razón. Tenemos que soportar el hecho increíble de que nuestros representantes políticos **se salten la ley e inviten a hacerlo**. Ver que intentan convencer a la gente de que su fin justifica los medios. Que les hagan creer a algunos que Cataluña es suya, o al menos "más suya" que de los demás. Por eso ellos, los nacionalistas, creen tener "más" derechos. Y no se dan cuenta de que **la idea de merecer "más" derechos que los demás, siempre ha sido el cimiento del fascismo.**

Pero os vamos a decir otra verdad. Sea cual sea el grado de intoxicación, **el nacionalismo es una enfermedad de las ideas que**

tiene cura. No hay que desesperar hermanos nacionalistas. El nacionalismo tiene cura y os vamos a curar. Y os voy a citar sólo dos ejemplos definitivos de que así es para que no perdáis la esperanza.

Ahí tenemos a Bélgica, dándonos lecciones de democracia a todos los españoles cuando, hace menos de cien años, no quinientos, estaba todavía en El Congo diezmando y explotando brutalmente a su población negra sin ningún complejo. Y eso que ya hacía un par de siglos que se conocían los derechos humanos que el Padre Francisco de Vitoria, y otros españoles, ya habían empezado a estructurar cuatro siglos antes en Salamanca. ¡Y Bélgica, señores, se ha curado!, y ahora, afortunadamente para nosotros, puede servirnos de luz y guía en nuestro torpe caminar hacia la democracia real. ¡Gracias, Bélgica, por vuestra comprensión y vuestra paciencia!

Y no digamos nada de Alemania, espejo de democracia en la actualidad, y cuna de nacionalistas hace cuatro días a los que dejaron crecer. Nacionalistas que consiguieron prosperar en su filosofía hasta alcanzar plenamente la madurez de esa ideología y de sus consecuencias, que todos conocemos. ¡Alemania! Un país, tan ejemplar, que hasta un juez local se permite enmendar la plana a un juez español del Supremo porque por lo visto, “no sabe ni redactar una simple euroorden”, centrando así su atención, con aguda inteligencia, en el dedo que señala las estrellas, en lugar de mirar las estrellas que apunta el dedo. Ellos también se han curado de esa lastimosa enfermedad llamada nacionalismo y ahora pueden cogernos paternalmente de una mano para guiarnos por el buen camino mientras con la otra nos enseñan a escribir.

Así que no desesperéis, queridos hermanos nacionalistas, esa ideología que os ha llevado a concluir que sois “más iguales” que los demás, tiene cura, y aunque os suene a ironía, no es tal, porque vosotros, aunque no lo sepáis, sois las principales víctimas de esa mentalidad que al robarnos la igualdad, nos deja la dignidad que vosotros perdéis por el camino.

Pero si hablamos de decir VERDADES, no podemos obviar la autocrítica. No sería justo echar la culpa a los nacionalistas de todo lo que nos pasa. Es evidente que estamos fracasando como ciudadanos. Y la marca de los fracasados es que siempre creen que la culpa de lo que les pasa “es de los demás”. Así que vamos a decir cuál es nuestra verdadera culpa. La que nos hace débiles, a pesar de ser una mayoría en Cataluña y una mayoría aplastante en España. Y mirad: lo que

realmente ha hecho que lleguemos a esta situación de discriminación disimulada, es nuestra desunión. **Nuestra inmensa, baldía, hueca, altiva y patética desunión.** Ahora mismo existen en Cataluña decenas de asociaciones, partidos y simples grupos de gente que dicen luchar todos contra el nacionalismo, pero que en realidad, lo que defienden, en primer lugar, es la pequeña vanidad de su cortijo. Nuestro pecado es la desunión que nos hace colocar nuestros intereses particulares por encima del intangible, pero muy real, bien común. Sabemos que **la unión hace la fuerza**, pero parece que nos interesa más la debilidad. ¡Y así nos va!

¡Catalanes! ¡Españoles! Nos están dividiendo. Nos están destruyendo. Nos han engañado e intoxicado tanto que muchos ciudadanos pretenden, sí o sí, recortar la herencia que hemos recibido de nuestros padres y que deberíamos dejar a nuestros hijos.

Nuestros padres nos dejaron un país. Una ciudadanía. Varías culturas y formas de ser, que son buenas si no las usamos para enfrentarnos.

Nos dejaron una capacidad de libre movimiento por un territorio grande y variado que nos pertenece a todos por igual y que se llama España. Una capacidad de movimiento muy limitada ahora.

Hoy estamos tan cegados por el enfrentamiento a que nos han conducido nuestros políticos de vuelo gallináceo, que parece que recortar los horizontes de nuestros hijos es lo mejor que podemos hacer por ellos. Lo mejor que podemos ofrecerles. **Pero no es verdad. Es una gran estafa.** La mayoría de vosotros sabe, **o mejor siente**, que puede ser de su pueblo, de su comarca, de su región, de su país. ¡De todo a la vez! Como se puede tener muchas querencias sin tener que elegir. Son sentimientos que se superponen como capas de cebolla. Que no son excluyentes sino incluyentes. Que hacen más fuerte al conjunto. Y que cada uno puede colocar en el orden que quiera sin que nadie tenga el derecho a imponerle prioridades. Sólo hay que respetar la igualdad como punto de partida, porque no lo olviden, por favor: **sin igualdad, no hay paz**. Y hoy en Cataluña ¡ha quedado demostrado que no hay igualdad!

Muchas gracias a todos por estar aquí.
Uníos y seréis fuertes.
27-05-2018